

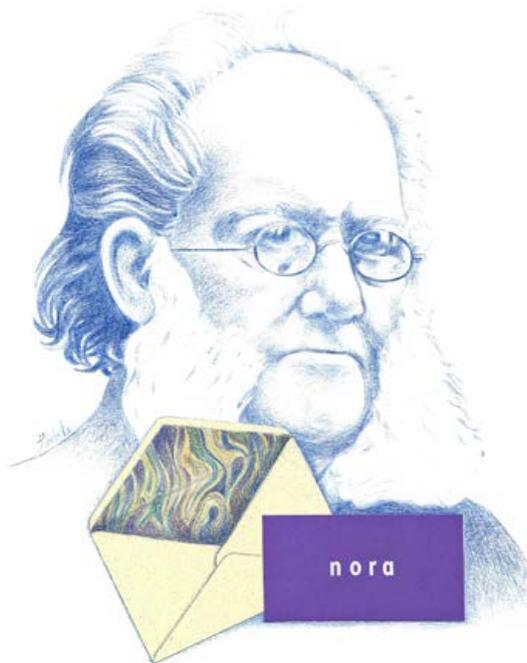
Entre dos culturas

## Conferencia sobre Ibsen

(o buscando a Nora desesperadamente)

Juan Domínguez Lasierra

A la memoria de Cándido Pérez Gállego



Ibsen. Ilustración: Juan Tudela

Estaba anudándose su recién comprada corbata de seda, cien euros que le habían salido del alma, pero quién se presenta ante estos auditorios provincianos sin corbata, como poco se piensan que les haces de menos, que viene uno en plan centralista, esos escritores que se creen que más allá de la Corte no hay sino la selva, cuando llamaron a la puerta de la habitación de aquel hotel de escasas estrellas que los organizadores de la conferencia le habían reservado. Un mensaje urgente para usted, le había dicho el botones, cinco euros de propina, porque no tenía ni un par de monedas sueltas y no era cosa de quedar mal delante de aquel presumido, con el pelo hirsuto de gomina y la sonrisa cínica, al que seguro que le habían dicho que yo era un importante escritor de la capital. Maldiciendo el despilfarrero, total será la nota de algún concejal o de algún subalterno que me da la bienvenida, abrió el diminuto sobre y una pequeña cartulina de color violeta

apareció en su interior. “Necesito hablar con usted inmediatamente. Le espero ahora en El Ángel Azul. Ibsen no lo dijo todo. No falte. Nora”.

¡Pero qué broma es esta!, se dijo con un cierto malhumor, y su inmediata reacción fue abrir la puerta para indagar con el botones la procedencia de aquella misiva. Pero los largos y alfombrados pasillos estaban desiertos y no se sintió con ánimos de llamar a gritos al muchachito de la gomina, quien seguramente ya estaría comentado con sus compañeros que el “famoso” escritor era un necio despilfarrador.

Miró el reloj. Faltaban tres cuartos de hora para que comenzara la conferencia y era necesario tomar una determinación. Era una broma, sin duda. Quizá de aquella amiga suya, poeta, la mejor poeta del país decían algunos exquisitos, que ocultaba su genio en aquella ciudad de provincias y que en sus escasas escapadas a la capital escandalizaba los cenáculos con su afición al whisky.

Cogió apresuradamente los folios de la conferencia —“El centenario de *Casa de Muñecas*, de Ibsen”— y ya en la recepción del hotel preguntó si quedaba lejos aquel café, El Ángel Azul, en el que “Nora” decía esperarle. No estaba lejos y si se daba prisa podría no ser impuntual con su auditorio.

El Ángel Azul imitaba en su decoración —como su nombre hacía presagiar— un cierto decadentismo de entreguerras, con sus grandes espejos medio ahumados, retratos de desconocidas damas aprisionadas en recargados marcos dorados y unas mesitas redondas, en mármoles y bronces. El viejo Aznavour desgranaba su inacabable tristeza veneciana a través de un hilo musical y, en el centro de la sala, el chorrillo de una fuente pastelona, con un fauno por surtidor, acompañaba los reiterados lamentos del *chansonnier*. Los asientos se hallaban ocupados por hirsutos efebos, en su mayoría engominados, como el

botones, ejercitantes de una bohemia de formación apresurada, malamente aprendida, y sin absenta ni nada. Pero no había rastro de aquella a quien esperaba encontrar.

En la barra del café, tras preguntar confusa y azoradamente por una famosa poeta que no se llamaba Nora, pero que quizá hubiese dado ese nombre, ya saben lo raras que son esas poetisas, un curioso camarero — tuvo tiempo de apreciar el colgante de su oreja izquierda y la estrellita de purpurina pegada en su frente—, habló de una señora rubia, sí, elegante, que acababa de abandonar el café y que había prometido volver en unos instantes.

Me están tomando el pelo, estos provincianos me están tomando el pelo, y además voy a llegar tarde a la conferencia, se dijo mirando con inquietud su reloj, mientras se sentaba en uno de los mullidos sofás que recorrían todo el perímetro del Ángel Azul.

— ¿Qué le sirvo? —le preguntó otro camarero que bizqueaba inmisericordemente.

Miró a la concurrencia y se le escapó sin más:

— Una absenta.

El camarero atravesó con su ojo más centrado la mirada del cliente, mientras el otro se le iba por los cerros de Úbeda.

— ¿Cómo ha dicho?

— Un cortado. Con un poco de leche..., de mala leche.

— ¿Cómo ha dicho?

— ¡Leche!

\* \* \*

“El significado del teatro es otro teatro. Lo que ocurre a Nora en *Casa de Muñecas* le puede pasar a cualquier mujer española. Ibsen reconstruye un mundo lleno de incógnitas donde la solución deben darla los espectadores y estos se alzan como jueces de una realidad que lo mismo es *El pato salvaje* como *Hedda Gabler* o *Los pilares de la sociedad*. Juzgar a los demás y someterlos a su implacable veredicto. Buscar el lugar que nos corresponde, el sitio que merecemos y todo ello verlo reflejado en una esposa, Nora, que, cansada de

la vida matrimonial, deja el hogar y huye de marido e hijos. Nos abandona y no sabemos dónde ha podido ir. Ni siquiera tiene un amante, no sabemos que oculte ninguna aventura pasional. Nos deja solos en el teatro y ella se va a su *fiordo* y pasea, tal vez, pensativa y feliz por el puerto de Oslo. Y quizás tenga nuevas aventuras y nuevos amores. Pero ella busca ser auténtica, solo le interesa ser fiel a sí misma. Y todo esto lo narra un autor que habla de ascender a las montañas para encontrar la eternidad, que nos previene de las aguas envenenadas y nos hace amar a los patos salvajes. Todo Ibsen es sufrir las consecuencias de afrontar la verdad. Vivir la realidad. Dar un portazo al mundo que nos ahoga y buscar nuevos horizontes. Pase lo que pase, hacer lo que creemos que debemos hacer. Un autor gravemente peligroso”.

En la sala, medio vacía —o medio llena que diría al día siguiente, en el periódico, el redactor optimista—, se escucharon corteses aplausos. No era, desde luego, una conferencia para semejante auditorio: habituales jubilados que buscaban un asiento confortable para pasar un rato, amas de casas con salpullido culturalista, viejos aficionados al teatro benaventino, algún actor retirado, el redactor del periódico local... Pero también allí, en primera fila, una mujer rubia, delgada, discreta, enjugándose unas lágrimas que hacía rato que le surcaban la cara.

— ¡Pero si es Nora!

El presidente de la entidad organizadora del acto se abalanzó a felicitarlo, al igual que otros directivos, con los que tuvo que intercambiar las consabidas palabras de agradecimiento. Cuando volvió la vista hacia Nora, la mujer ya no estaba.

—Entonces nos iremos ahora a cenar a Casa Lac, que ya nos esperan —decía en aquel momento el presidente con cara de felicidad.

—Pero yo tendría que buscar a Nora... — se le escapó.

— ¿Cómo dice? —preguntó con asombro el presidente, un tal Fernando Morlanes.

—Nada, nada... Era una broma.

En el trayecto del AVE a Madrid le ofrecieron un ejemplar de *Paisajes desde el tren*, que ojeó sin mucho interés, aunque tenía que reconocer que había unas fotografías espléndidas. Pero cuál sería su sorpresa cuando al pasar la página por la sección de novedades editoriales se encontró con el rostro de aquella “Nora” que había advertido entre el auditorio ocupando todo el espacio de la portada del libro, que la revista reproducía. *Nora ha vuelto*, se leía claramente como título del volumen, en grandes letras, pero le fue difícil leer el nombre de la autora, en letra mucho más pequeña. Junto a la reproducción de la portada, se incluía un breve texto informativo: “La autora, una desconocida del mundo de las letras, y que firma con seudónimo, aunque parece tener orígenes suecos, está obteniendo con esta novela, de hondas influencias ibsenianas, el favor de la crítica y del público. Se trata de una historia de hondo dramatismo, el de una mujer encerrada durante mucho tiempo en un ambiente familiar asfixiante que, después de muchas penalidades, logra romper con sus tabúes personales y encuentra su libertad lejos del mundo que la rodeaba”.

Aquel pequeño suelto en la revista, le alteró profundamente. Nada le decía el nombre de la autora, que evidentemente parecía auténticamente sueco, aunque, por lo que informaba, era simplemente un seudónimo. Se sintió tan excitado y nervioso, que no le quedó más remedio que acercarse hasta el bar y pedir un whisky.

Estaba allí rumiando su desconcierto cuando se le acercó un simpático señor.

— ¡Es usted el ibseniano! Estuve en su conferencia de ayer, excelente, excelente...

Se presentó como un tal Eugenio Mateo, y de sus palabras creyó entender que era directivo de casi todo lo que se organizaba en Zaragoza.

— Ah, entonces tal vez usted conozca a una joven rubia que se sentó en la primera fila... —dijo levemente esperanzado.

— Conozco a todas las jóvenes rubias de Zaragoza..., quiero decir, perdón, no me malinterprete —esbozó una sonrisa pícaro el tal Eugenio—, a todas las jóvenes rubias que acuden nuestros actos culturales, porque yo también pertenezco a la directiva de esa entidad, claro. Pero, lo siento, no me acuerdo de esa joven. Las que estaban eran las hermanas Reig, que también son rubias..., aunque no tan jóvenes.

Eugenio le pagó el whisky.

\* \* \*

Ya en Madrid, lo primero que hizo fue recorrerse unas cuantas librerías en la búsqueda de aquella novela que anunciaba *Paisajes*. Ni siquiera en la Casa del Libro la tenían, y lo que era más sorprendente, desconocían su existencia. Internet no le proporcionó la menor información. No le quedó más remedio que acudir a la propia redacción de *Paisajes*, donde con vagas explicaciones le dijeron que posiblemente habrían recibido aquella nota para sus novedades editoriales y que la habían publicado sin más.

El asunto de Nora empezó a provocarle pesadillas. Y tenía que resolverlo. Como decisión extrema, decidió acudir a la embajada sueca, donde, muy amablemente, le informaron que desconocían la existencia del libro y de su autora, pero que podría acudir al mejor experto español de literatura sueca, un caballero zaragozano llamado don Francisco Uriz.

Consiguió localizarlo tras largas pesquisas. Vivía, en efecto, en Zaragoza, pero no estaba en Zaragoza. Pasaba la mitad del año en Suecia, donde había residido gran parte de su vida, y ahora, ya jubilado, repartía el año entre la capital aragonesa y Estocolmo, donde seguía teniendo familia. Y en estos momentos se encontraba allá. Consiguió su teléfono y lo llamó. Muy amablemente, el mejor conocedor de las letras suecas, y de las nórdicas en general, el gran traductor y difusor de aquella literatura, el que, por tanto, lo sabía todo, no tenía el menor conocimiento de aquella novela y de su enigmática autora. Pero le proporcionaría

la bibliografía completa, exhaustiva, de todo lo relacionado con Ibsen, por supuesto.

Sufrió una gran decepción.

De nuevo, el enigma de aquella “Nora” volvía a Zaragoza. ¿Tendría que cerrar el círculo de aquella pesadilla volviendo a la ciudad del cierzo, repetir uno por uno los pasos que allí había dado, pronunciar de nuevo otra conferencia sobre Ibsen y aprovechar la presencia de aquella “Nora”, entre el auditorio, para no dejarla escapar en esta ocasión?

Lo hizo, aunque empezaba a pensar que no estaba en sus cabales con aquella obsesión. Gracias a las relaciones establecidas con los promotores de aquella primera conferencia, consiguió que le dieran otra oportunidad para hablar de Ibsen, en el mismo local, con el mismo hotel. Y sí, todo sucedió como en la anterior ocasión. Y recibió la misma inesperada convocatoria al Ángel Azul, en el mismo diminuto sobre, en la misma pequeña cartulina de color violeta, con el mismo texto en su interior: “Necesito hablar con usted inmediatamente. Le espero ahora en El Ángel Azul. Ibsen no lo dijo todo. No falte. Nora”.

Acudió inmediatamente, sin tiempo ni para ponerse la corbata, al Ángel Azul, pero... El Ángel Azul ya no existía. En su lugar había un establecimiento llamado “Las Siete Copas”, o algo parecido. La decoración y la disposición del local habían cambiado. No reconoció el lugar.

— ¿Pero esto no es El Ángel Azul?— preguntó casi dramáticamente al camarero que le atendió y que ni llevaba colgante en su oreja, ni estrellita de purpurina pegada en su frente, ni bizqueaba inmisericordemente.

— Era, sí señor, pero hace tiempo que dejó de serlo...

— ¿Hace tiempo? ¿Cuánto tiempo?

— No lo sé señor, yo soy nuevo...

Ni siquiera tuvo valor para pedir un café con mala leche.

Fue a la conferencia como última esperanza de encontrar a Nora. Pero el salón estaba vacío. Los organizadores

del evento, un tanto avergonzados, se excusaron de que, con las prisas por atender su demanda, la difusión del acto no había podido hacerse como era habitual, y el resultado era ese.

— Es igual, no importa... —dijo con un acento de fatalidad que sobrecoigió a los organizadores.

Y sin mediar ni una palabra más, se sentó en la tribuna de oradores y lenta, penosamente, comenzó a desgranar su pesadilla.

\* \* \*

Regresó a Madrid, hundido. En el AVE reclamó la revista *Paisajes*, pero como una especie de compulsión fatalista, porque sabía que en ese nuevo número nada se diría de *Nora ha vuelto*. Y hasta empezaba a estar seguro de que ese número de la revista solo había estado en su imaginación.

Volvió a la Universidad, a sus clases. Un día le tocó explicar Ibsen, y sintió una turbación extraña, temerosa. Hubiera preferido pasar del dramaturgo. Antes de empezar su lección se fijó en la alumna rubia que lo miraba con expectación inusitada desde la primera fila. Creyó sufrir un *dejà vu*, se imaginó de nuevo en el salón de actos de la entidad zaragozana, aquella primera vez. Un vahído le dominó, como si un golpe de sangre le inundara la cabeza:

— Señorita, señorita —dijo dirigiéndose a la alumna rubia con agresiva contundencia—. Pase, por favor, a la mesa y explique a sus compañeros lo que no contó Ibsen, por qué Nora ha vuelto...

Hubo un movimiento de extrañeza en el alumnado. Pero la joven rubia no pareció inmutarse. Ocupó el lugar del profesor con toda calma y comenzó a decir:

— Yo soy Nora...

Y mientras hablaba, vieron al profesor, siempre tan formal, que reía y reía y reía como un poseso, como si lo que estaba contando Nora fuera el cuento más divertido de la historia. Antes de que se desplomara le oyeron farfullar: “El significado del teatro es otro teatro...” y gritar algo así como “Un autor gravemente peligroso”.